

VIDA MANCHEGA

CORRESPONDENCIA
BARRIO DE PÉREZ PASTOR

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

SUSCRIPCIÓN
Cuatro Pesetas al Semestre.

DE HIGIENE Y ÉTICA SOCIALES

La Sociedad de Pediatría, ha elevado a los Poderes públicos una súplica pidiendo la supresión del *torno* en las Inclusas, por motivos de protección a la infancia.

No es la Caridad,—la caridad verdadera,— la que ha establecido esos tornos de las Inclusas, donde las madres desnaturalizadas, las vergonzosas de su deshonor, o simplemente desgraciadas mujeres, entregan a una maternidad ajena y oficial, el fruto de cariño que concibieron y alimentaron en sus entrañas.

No tiene perdón la madre que en ajenas manos entrega el objeto del primordial deber que contrae al nacer; pero es que la sanción de la sociedad hipócrita que es capaz de perdonar a la pecadora, con tal de que la pecadora no sea madre, es la única y verdadera causa de esas trasgresiones del instinto de la maternidad.

Hay mucho que reformar en la moral corriente de todos los hombres. Las mujeres son hijas de su tiempo, tienen los mismos prejuicios del ambiente que las rodea, temen la deshonra que supone ostentar en sus brazos un fruto de cariño no santificado por el matrimonio, y cuando la sociedad,—para librarlas de la deshonra— únicamente les deja el camino de esos tornos de ignominia, a ellos acuden presurosas y la barbarie queda consumada. ¿Quién es el responsable de este delito, la infeliz mujer sobre la cual pesan los prejuicios de todos los siglos, o la sociedad entera que lo ha impuesto con imperativo categórico?

No debemos exigir de nosotros mismos frutos más altos que los que puede dar la moral corriente. No debíamos haber fabricado una moral inquebrantable, propia para gobernar seres superiores, cuando el objeto de su aplicación es la infeliz criatura humana, y nadie tiene derecho por muy alto que esté, por muy apartado que se suponga de la grosería de las pasiones, para condenar en otro pecados inherentes a la naturaleza de todos. No vale clamar contra la desmoralización de las costumbres en un rato de conciencia y meditación, cuando a puñados hemos arrojado a la común sentina nuestros granos de arena, y mucho menos tiene derecho el hombre a condenar los pecados de las mujeres, porque al fin y al cabo, la mujer no es otra cosa que un exquisito barómetro del grado de moralidad del hombre. Sea el hombre austero en sus costumbres y la mujer será arrastrada a la austeridad, sea el hombre vicioso y arrastrará tras sus vicios a la infeliz mujer.

La mujer por educación, por la propia limitación de su sexo, es una feudataria moral e intelectual del hombre. La educación de la mujer por exquisita que sea, queda siempre en un nivel más bajo, que ella suple con la uerza de sus sentimientos, y aunque no se quiera, fatalmente tiene que ser arrastrada a donde la moral, o el espejuelo de la inteligencia del varón quiera conducirla.

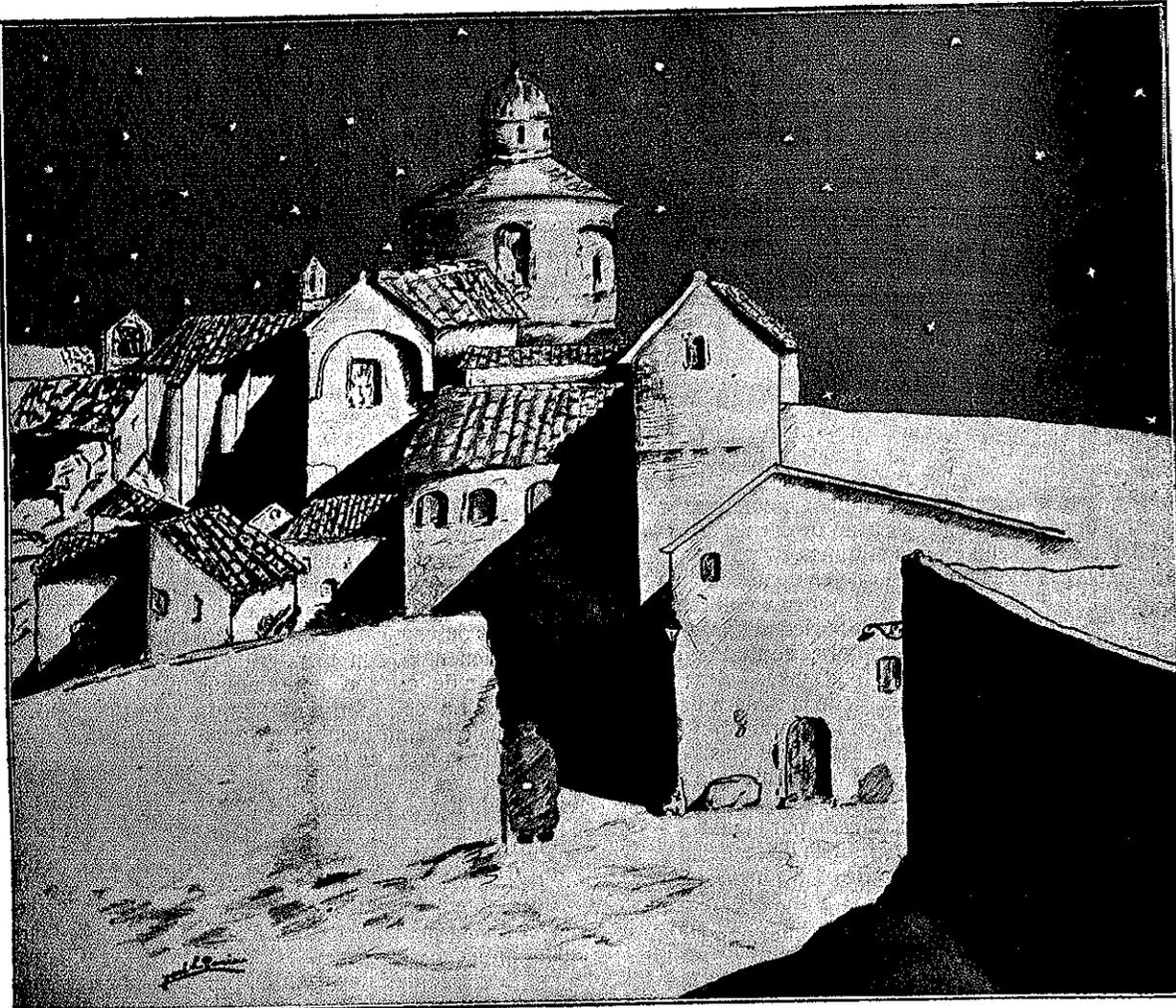
Supongamos una mujer que peca. Esta mujer ha podido ser llevada a la claudicación de su virtud por tres únicos motivos, por ineducación moral, por necesidad de comer o lo que es peor aun, por cariño. En cualquiera de los tres casos, el varón coautor de la deshonra es más responsable del hecho que la mujer misma, y la sociedad entera muchísimo más que los dos juntos. En el primer supuesto, el hombre ha sobrepuesto a su educación superior, sabedora de la trascendencia del hecho, su propio egoísmo de macho; en el segundo ha comerciado con la honra de una mujer, en el tercer caso, tras de engañarla la ha herido en lo más vivo de sus sentimientos, con una herida que no curarán ninguna clase de consuelos ni ninguna clase de reivindicaciones. La sociedad asiste un día y otro día a esta clase de delitos, al hombre le sonríe con benevolencia, y a la mujer, con un gesto de piedad burlona, le abre los tornos de las Inclusas, donde el más inocente, la víctima de todos, se priva del único derecho que establece el nacimiento; tener una madre.

Evidentemente no es esto caridad. Si no somos capaces de corregir nuestras pasiones, si no podemos suprimir el mal, debemos corregirlo sin necesidad de recurrir a ninguna clase de tapa-vergüenzas, que no otra cosa significan los tornos. No debemos tapar el pecado para creer que éste no existe, porque nos igualamos al avestruz que esconde solamente la cabeza cuando le siguen los cazadores. Debemos inculcar a la sociedad un sano respeto para las mujeres embarazadas, cualquiera que sea su origen, porque en ese momento solemne y grandioso de la gestación, todas son iguales ante la naturaleza que les ha impuesto el sacrosanto deber de conservar la especie. Debemos protegerlas, porque a la sociedad, para lo mismo le han de servir los brazos robustos que se mecieron en una honrada cuna, que los que palidecieron y enfermaron en el hacinamiento de una inclusa, si hay algún delito, si alguna mancha o impureza hay en esos frutos de amor prohibidos, no debemos olvidar que todos somos un tanto responsables y que no se debe privar a una mujer que cae, del fruto de sus entrañas, porque esos débiles bracitos sonrosados, que por primera vez se mueven a la vida en el regazo de una madre, son los únicos débiles hilos que a ella la pueden sujetar de nuevo a la virtud y los únicos capaces de perdonarlo todo, incluso el pecado de su origen.

Perdonar y redimir, he aquí lo que supone esa petición nobilísima de la Sociedad de Pediatría. ¡Perdonar y redimir! ¿Acaso no fué esto lo que nos marcó con su divino gesto el redentor de los hombres, cuando de la pasión de la grosera pecadora de Magdala, hizo un purísimo fuego de místicos Amores?...

FRANCISCO COLÁS.

EL ENCANTO DE LA CIUDAD DORMIDA



«No creo haber encontrado nunca, algo tan evocador, tan emotivo, algo que hiriera más profundamente mi sensibilidad, que la ciudad dormida mansamente en el regazo de la noche alta, callada...

«El deambular a las altas horas, por las calles y plazas solitarias, envueltas por el silencio magestuoso de la noche; el respirar ese ambiente preñado de quietud y de misterio:

«Todo eso, nuestro espíritu sentimental lo sintió dentro de sí, una noche clara, lunera, en que las casas se agigantaban fantasmagóricamente, al ser iluminadas por la plata sutil de una noche de Enero.

«En el pueblo ni un rumor, ni un ruido. Solo esa armónica desarmonía, ese desconcierto metódico de mil y mil respiraciones que se encadenan en una suave melodía queda: es el respirar tranquilo del pueblo que descansa, tras el rudo trabajo diurno; es como si el pueblo emitiese un vago fru fru, en cada una de sus transpiraciones.

«Las lánguidas lámparas que la civilización colgó en paredones y esquinzos proyectan tímidamente las sombras del viandante nocharniego.

«En la concavidad de las calles, en la hoquedad de las plazas resuenan los pasos broncos, perdiéndose poco a poco en la lejanía, como si el ruido se fuese estirando

hasta desaparecer en un vago rumor, insospechado...

Después otra vez el silencio. ¡Sublime silencio el de las noches claras, mientras el pueblo duerme!

Acaso de vez en vez, es roto este silencio por las voces algareras de la ronda que pasa, haciendo oír sobre la quietud del ambiente, un desconcertante vozarrón que entona la copla—una copla soez y picante—en ofrenda de la moza que espera tras la portalada el paso del galán.

Quizás, al volver una esquina, se ofrece a la vista un jayán enamorado, junto a una ventana, sosteniendo con los brazos en cruz y las manos en los barrotes, la larga manta, que oculta a la vista de los curiosos el rostro arrebolado de la moza, ebria de gozo. Y la voz ruda del enamorado,—la voz que dirige a las bestias durante el día—tiene ahora en este instante del amor, una mayor sutileza; es como un siseo apenas perceptible, un bisbeo elocuente, con el que, ¡quien sabe si logra vencer a la Maritornes que huele a ajo y especias!

El concierto de la naturaleza sigue y sigue, hasta que las tintas del cielo oriental van aclarándose poco a poco. Una voz lúgubre, que sobrecoge, rasga el silencio. Colgada en medio del vientre de un sereno, un ojo luminoso, expía... ¡Ave María Purisma! ¡Las cuatro y serenoooo!

FRANCISCO TOLSADA.

ELEGÍA

A la memoria de mi inolvidable maestro y paisano, el eminente catedrático Don Federico Relimpio y Ortega.

I

Mi Musa, siempre altiva, hoy gime arrodillada
derramando sus lágrimas al pie de un ataúd.
¡Hoy mi Musa está triste, abatida, enlutada...!
¡Hoy vibra torpemente mi sonoro laúd...!

Y vibrará por algo que yace sin aliento,
y que en vida fué símbolo de una alta Trinidad
de magistrales dotes: el profundo Talento,
el constante Trabajo y la suma Bondad.

Todo esto fué el gran hombre, mi maestro y paisano,
a quien una elegía hoy le quiero rendir,
porque vivió su vida con gesto soberano
y con el mismo gesto ha sabido morir.

¡Fué el profundo Talento! Su cerebro potente
de hombre-cumbre, de atleta, de terrible titán,
todo lo dominaba de un modo sorprendente
y comprendía tanto a Dios como a Satán.

¡Oh, su mirada de águila que domina el espacio,
diestra en el arte mágico de la investigación,
mirada acostumbrada a observar muy despacio,
a analizarlo todo con serena atención...!

Yo, que asistí a su cátedra y que fuí predilecto
y entusiasta discípulo de un maestro tan genial,
sé concebir la enorme fuerza de su intelecto
y sé medir el temple de su alma excepcional.

¡Fué el constante Trabajo! Cual la de un ermitaño
deslizó su existencia y aprendió a meditar,
y un día y otro día, y un año y otro año,
no comulgó en más lema que este lema: estudiar.

La mitad de su vida pasó en Andalucía,
en Sevilla—en la alegre, en la bella ciudad—
y bien sabe lo vasto de su sabiduría
aquel laboratorio de la Universidad!

Ofició en los altares de la Diosa Minerva,
pero en silencio, a solas, sin sumarse a la grey
del vulgo, y sobre el yunque de su labor acerba
forjó, como Vulcano, del trabajo la ley.

¡Fué la suma Bondad! Una bondad absoluta
que ante el bien se rendía y disculpaba el mal,
una bondad que a todo lo que hallaba en su ruta
lo envolvía en un halo de supremo ideal.

Bajo la comba austera de su impoluta frente
nunca pudo albergarse ni un pensamiento vil...
Era noble, altruista, generoso, indulgente...
En suma: supo a un tiempo ser bueno y ser viril.

Él hubiese anhelado a todos los humanos
ver unidos en una dulce fraternidad,
ver a todos iguales, ver a todos hermanos,
y a todos disfrutando amor y Libertad.

He aquí las tres potencias más grandes del coloso,
del que a ningún impulso servil se doblegó,
del que con duro empeño, con esfuerzo asombroso,
en la vida luchando de la vida triunfó.

Desde Sevilla vino al regazo materno
acaso presintiendo la caricia glacial
de la Muerte, que en una triste noche de invierno
le dejó al fin clavado su certero puñal.

¡Y ha muerto...! Para siempre reposa en honda calma...
¡Ah, feliz el que abraza la divina ilusión
de que muerta la carne sigue viviendo el alma
en el Edén perpetuo de una excelsa mansión...!

¡La Muerte...! Vieja arpía que cierra nuestros ojos,
que en nuestra faz apaga de un soplo el arrebol,
que todo lo transforma en miseros despojos:
y todo lo derrite en su impetuoso crisol.

No le lloro en el círculo de las gentes extrañas
ni en el de los amigos de mejor voluntad...

Los extraños son seres de hielo, sin entrañas,
y amigos... ¡hay tan pocos amigos de verdad!

No lloro con la Ciencia porque la Ciencia es fría,
insensible a la pena, insensible al dolor,
y yo—que soy un poco romántico—querría
llorar con quien supiese llorarle con amor.

No lloro con la Mancha porque hoy tiene la Mancha
pocos Quijotes, mientras hay Sanchos a granel,
y los Sanchos de hoy tienen la conciencia más ancha
que el auténtico Sancho que creó Don Miguel.

No lloro con España, esta España que deja
a sus mejores hijos sucumbir al azar...
Yo le lloro con una viejecita muy vieja,
muy vieja, ¡que cual nadie le ha de saber llorar...!

Llorarle sin consuelo, con el alma partida,
como al dar a su hijo el postrimer adiós
la vida de este hijo, en cambio de su vida,
sin duda rogaría trémulamente a Dios,

Porque en las madres late el afecto más hondo,
porque son como Santas plenas de majestad,
porque es su amor lo mismo que un manantial sin fondo,
porque no alcanza límite su generosidad,

porque al beber los hijos en sus senos la vida
tiembla con inefable temblor todo su ser,
porque para ellas nuestra herida es otra herida
y cada placer nuestro para ellas un placer,

porque nos enseñaron a amar las cosas buenas
con palabras pletóricas de unción emocional,
porque por muy efímeras que sean nuestras penas
no escapan a su agudo instinto maternal,

porque en la edad incipiente de los días lejanos
supieron nuestros sueños en la cuna arrullar,
y porque en nuestra senda, aunque sangren sus manos,
¡ellas ni un sólo abrojo nos quisieran dejar...!

¡Un pensador ha muerto, un sabio entre los sabios...!
¡Su cuerpo de la tierra pasto eterno será...!
Aunque dulces plegarias no musiten mis labios
¡su recuerdo en mi mente siempre fijo estará...!

Penetró en el oscuro misterio de la Ciencia
y dedicó a la Ciencia toda su abnegación.
Tuvo un gigante espíritu, una limpia conciencia,
un fuerte entendimiento, y un amplio corazón...

De tal manchego eximio ya nada, nada existe...
Para haberle cantado tan grande como fué
¡quién pulsara la lira divinamente triste
de un Leopardi, un Manrique o un Alfredo Musset!

Más con mi pobre y débil lira yo le consagro
estos versos en nombre de su pueblo natal,
ya que muy justamente debe ufanarse Almagro
de un hijo tan ilustre, tan culto y tan leal.

Quizá estimó su angusta existencia en bien poco,
y—¡magnánimo!—quiso sus días consumir
indagando, indagando siempre con afán loco,
la clave del enigma que nos hace vivir...

¡Oh, profesor modelo...! Con cuán correcta mimica,
con cuán fácil palabra, henchida de saber,
los más enrevesados secretos de la Química
en su sitial del aula acertaba a exponer!

Y en tributo a aquél hombre, cuyo Destino aciago
le arrebató la vida en una hora fatal,
con estos ritmos en una guirnalda yo le hago
que enarbolo en su tumba como un arco triunfal.

Como un arco de gloria perdurable y completa,
hecho de rosas dobles y cuajado de sol,
que este antiguo discípulo, este humilde poeta,
levantando a la memoria del gran sabio español,

¡Ya habeis visto a mi Musa gemir arrodillada
y derramar sus lágrimas al pie de un ataúd...!
¡Ya habeis visto a mi Musa abatida, enlutada...!
¡Ya habeis visto a mi Musa que suena mi laúd...!

MANUEL CAMACHO BENYETEZ.

VOCINGLERO QUINCENAL

¡Muy bien por el estadista!

La apacibilidad del vivir provinciano, ha sido turbada un momento en nuestra capital.

La plana mayor del conglomerado conservador maurro-ciervista—que en la política provincial no están ahora reñidos—se banquetearon en el Teatro-Circo.

Después de un vermout de siete u ocho notas oficiosas del comité organizador, benévola y acogidas en *El Pueblo Manchego*, vino al fin el esperado ágape conservador, en homenaje a González Llana y a beneficio de... Pizarroso.

Después de comer nos dirigimos hacia el Teatro, ávidos de escuchar declaraciones sensacionales. Estábamos intrigados por el título de *democracia conservadora* que se ha dado al flamante partido ciervo-maurista—la realidad nos impone este orden de preferencia.

El teatro—alumbrado por el sol de invierno que se entra por los altos ventanillos del paraíso—se envuelve, en el pasillo de plateas, en una suave penumbra, discreta para observar. Allí—entre la anónima legión de oyentes incoloros—nos hemos colocado.

En el escenario—mercenariamente acojedor de la presidencia—se agita un hombre, que acciona bravamente como si maniobara con un telégrafo de banderas. Cuando entramos, tiene una arrogante apostura tribunicia. En el orador hemos reconocido al fin a Tomás Martínez, el infatigable, el constantemente intranquilo abogado. Muy atildado, muy a la última, con su entallada americana, pero con unos amplios pantalones de exagerado toninismo, descansando lamentablemente sobre la bota. La pulcra silueta, pierde un poco su chic, ante este pequeño detalle del pantalón exageradamente largo.

En un sentido párrafo vibrante, el orador asegura su amor a las doctrinas templadas y a los partidos de orden, en los que ha militado toda su vida.

Hay tal seguridad en la afirmación, que nosotros lo hemos creído cándidamente. Pero, en este momento levantamos la cabeza, siguiendo la luminosidad de un haz de rayos solares, que penetran donosamente por una ventana, poniendo una nota blanca sobre el anfiteatro y vemos algo que pone en nuestro espíritu la duda. Arrebuñado entre los pliegues donjuanescos de una capa española, un habil político, escritor de chispa y mala intención, gongorino y conceptuoso orador forense, sonríe incrédulo ante la afirmación, arrugando levemente—en un gesto de excepticismo—la rasurada faz muy estilo película americana de series.

La sonrisa un poco maquiavélica—de hombre que está en el secreto—de este lince de la política provincial, ha hecho nacer la duda en nosotros.

El inquieto D. Tomás, sigue predicando las doctrinas ciervistas como la panacea de todos los males políticos que tenemos el buen humor de disfrutar en España.

Y nosotros—contagiados sin duda, la risa es contagiosa—sonreímos también ligeramente.

De la derecha de González Llana, surge entonces la gigantesca figura de Fernández Tejerina. Y de la boca del diputado por Ciudad Real-Piedrabuena, surge la *perlería* de un discurso, que tiene el mérito innegable de ser breve y tan bien aprendido como recitado.

Por fin vá a hablar el homenajeado.

Una tempestad de aplausos, cuando se levanta el joven diputado ciervista.

A nosotros nos conmueve hondamente esta maravillosa disposición espiritual de los públicos de banquete, siempre dispuestos al entusiasmo.

Nosotros pensamos cuan acertado estuvo aquel que dijo: *bonum vinum laetificat cor hominum*. El buen vino alegra el corazón de los hombres. Y cuanto más acertado está el que, para convencer al auditorio, empieza por convencer su estómago con un condumio abundante y unas copas del vinillo espumoso, que pone un cosquilleo en el satisfecho abdomen y una benévola alegría en el corazón.

¡Oh, las extrañas relaciones íntimas entre el estómago y la voluntad!

Nosotros sabíamos que González Llana, es un muchacho inteligente y audaz. Conocíamos sus luchas por el distrito de Almadén y su incansable fogosidad en la oratoria. Oyéndole ratificamos este convencimiento.

Hizo un discurso muy de circuntancias y tuvo la habilidad suficiente para describir un ciervismo demócrata y transigente. Y el público, con la misma candidez que yo antes, lo creyó todo. Cada párrafo del discurso, producía en el auditorio un escalofrío. Quizá fuera mejor decir una congestión. Y bajo la marquesina de zinc, resonaba estrepitosa la ovación.

De pronto un hombre, ataviado con traje negro de boda, se levanta como impulsado por un resorte, y agitando el sombrero de anchas alas, vocifera un ¡viva! atronador. Al minuto escaso, otro comensal repite la suerte. Y el primero, para no ser menos, volvía a demostrar su entusiasmo. Y así seguían las interrupciones de aquellos dos admiradores, en un pugilato terrible.

Hay un convencimiento profundo cuando el orador asegura—nosotros nos resistimos a creerlo a pesar de nuestra excelente disposición—que el presupuesto, en la vida del Estado y en los actuales momentos, *es una cosa meramente estructural y accesorio*. «*Y os lo digo yo, que formo parte de la comisión encargada de dictaminarlo.*»

En este momento el simpático Juanito Almagro—que ha venido de su quinto de Luciana—se levanta de su mesa presidida por Julián Lucendo—y grita exententoreamente: *¡muy bien por el estadista!* Un rumor de asentimiento acoge la frenética interrupción y Juanito reuerce sus mostachos de mosquetero, con un gesto de satisfacción.

Hay un momento culminante. Es cuando Llana habla sobre si ha de abandonar el distrito. Entonces tiene que recurrir a toda su habilidad de orador de recursos para hacer como que dice y no decir nada. Y, mientras Llana no se atreve a asegurar nada y termina con la evasiva de que *él irá donde más falta haga*, los banqueteados electores se empeñan en que no se ha de marchar.

Cuando termina su discurso—entre los aplausos de la muchedumbre—surge de entre la multitud la temible humanidad de Abel Pérez Caballero, que sube al escenario—haciendo crujir la escalerilla, bajo su *ingravidez*—portador de un manojito de adhesiones.

Tomás Martínez lee, con voz cansada ya por los esfuerzos, una carta de La Cierva, que es como el *regium exequat*, la aprobación del jefe.

Después siguen las adhesiones y nosotros salimos del teatro, al tiempo, que un conspicuo, de abdomen de mapa mundi, dice a un correligionario: «chico he estafao a Pizarroso; porque me he comido diecisiete duros.»

ALBERTO GARCÍA LÓPEZ.

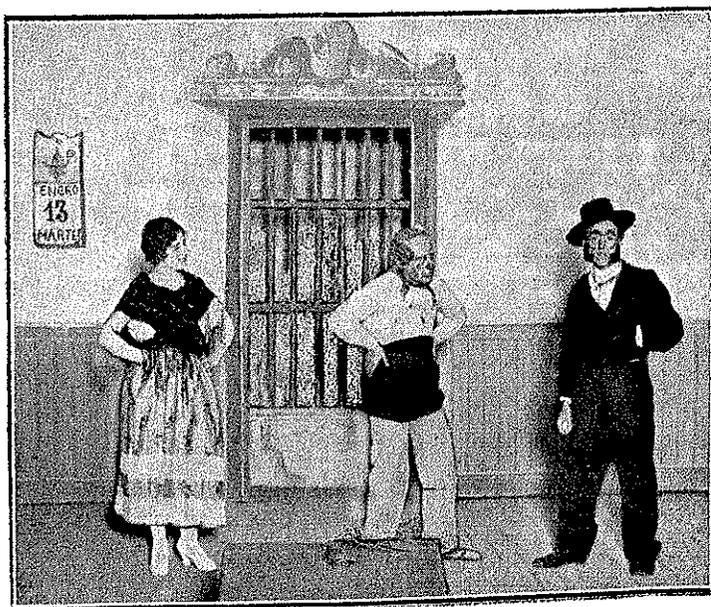
NOTAS DE ACTUALIDAD



Grupo de jóvenes que tomaron parte en la velada a beneficio de los soldados manchegos residentes en África.

Con objeto de que los soldados de la provincia de Ciudad Real, que prestan su servicio en África, puedan disfrutar estas Navidades, varios jóvenes de esta localidad han organizado una velada teatral en el coliseo de la calle de Alarcos.

El programa, estando integrado por actor de tan reconocida fama como lo es el popular Juanito Enriquez, resultó como todo el mundo esperaba, ameno en grado sumo. Los demás actores, Sres. Maeso, Velasco, Roig, y Rubio, cumplieron con sus papeles, tenien-



Señorita Alonso, Sres. Maeso y Muñoz, en una escena de «Pa vestir Santos»

Fots. R. Pérez y G. Plaza.

do al público en constante hilaridad. Y es que ver a *Sallivilla* es más jocoso que asistir a los tubos de la risa. La señorita Alonso se acreditó una vez más de artista consumada.

Pecaríamos de injustos si no enviásemos nuestra felicitación a los organizadores de tan simpática fiesta, merced a la cual nuestros soldados conterráneos, tendrán un paliativo en sus penas, con el socorro que ya habrán recibido, y al que han contribuido todos los Ayuntamientos de la provincia.



El Pastor y la Estrella de Oriente

A Paco Tolsada, sinceramente.

En la noche profundamente triste, en que la sombra se muestra ante los ojos del hombre como un eterno abismo; en que las ráfagas de aire levantan las arenas de los desiertos, penetran en las más apartadas grutas, mezclan su clamor al ruido del torrente, hieren las entrañas del cráter, hacen temblar los árboles corpulentos y desnudos y, más tarde, se dispersan en el vacío, en la sombra, en la inmensidad, un bello y admirable personaje bíblico, un fornido pastor de esos que tan sabiamente miniaran en sus prodigiosas leyendas, en sus puros exámetros, los ascetas que supieron del martirio, de las mazmorras, y de la honda y triste majestad de las catacumbas, reclinado a la puerta de su humilde chozo, que se eleva, ingente, en la montaña, contempla, embebido, la divina aparición de una estrella radiante que, rompiendo las tinieblas de la noche, consteló el manto del cielo, convirtiendo los caminos en veredas de plata, y besando en todos momentos a todos los espíritus de todos los hombres...

El pastor contempla, a través de la tierra de Judá, camino de Bethelém, una hermosa y fantasmagórica caravana.

Cientos de doncellas, desmelenadas, con el oro de sus cabelleras cubriendo las soberanas esculturas de sus hombros; llevando en las purísimas flores de sus labios sonrisas de inocencia y en la quietud serena y majestuosa de sus ojos miradas de perdón, van dejando a ambos lados del camino las huellas sangrientas de sus pies, calzados con endebles sandalias de cuero. Siguiendo a las doncellas, avanzan los ancianos, encorvados por el peso de la experiencia y de los tiempos,

murmurando en voz queda unas palabras dulces, tal vez oraciones; y detrás de éstos, robustos mancebos vestidos con ricas sedas de Persia y de Damasco, calzando magníficos chapines de Bagdad, y luciendo en las empuñadura de sus yataganes, soberbios brillantes que fingen en las tenebrosidades de la noche, ojos agoreros, de alucinación y de pecado; y en medio del fasto de esta Corte, los magos de Oriente...

Y ocurrió, que el pastor al contemplar desde su picacho la caravana, sintió dentro de su ser, muy cerca del corazón, algo así como un beso de Belleza y de Verdad. Su voz, varonil y fuerte, voz de macho, que participaba del aullido del lobo y del gruñido del león; voz recia, como la corteza de los inmensos robles centenarios, rompió las augustas soledades de la noche. Demandaba un puesto al lado de los asombrosos mancebos vestidos de seda y de oro; quería embriagarse con los perfumes de las rosas que las místicas doncellas arrojaban en el blanco camino de Judá; y ansiaba, por fin, besar los mantos de los tres Reyes, y los báculos que llevaban los ancianos, en las manos largas, sarméntosas, que caminaban silenciosos a Bethelém, a ofrendar al Niño-Dios los tesoros y las galas de sus tierras.

—«Señor, señor, yo también quiero ir»—decía el mancebo cuyo pecho sabía del aire de todas las ventiscas y del calor de todos los soles.

Mas las voces del solitario se perdieron en la sombra; la noche, abismo insondable y voraz, las absorbió,

VIDA MANCHEGA

las recogió en su fondo; repercutió el eco de aquellas palabras, un instante, en el espacio, y después se apagó, se extinguió en un son lento, suave, que se desvanece gratamente, ante el oído...

Y he aquí que la caravana se perdía, cada vez más, entre las densas sombras de los altos olivos del monje vecino, y he aquí, también, que las doncellas, los mancebos, los esclavos, los dromedarios y los engualdrapados corceles, huyeron de la vista del pastor, el cual, a grandes voces, les llamaba...

Firmemente dispuesto, como alucinado, pisando con sus pobres sandalias las zarzas y abrojos de la montaña, llega el admirable doncel al camino blanco, donde la luna riela serenamente, para recoger unas rosas desprendidas de las guirnaldas de las bíblicas doncellas de cabellos de oro. Pero entonces, a sus oídos llega la cadencia dulcísima de una música: siete liristas, semejantes a las siete encarnaciones de la virtud, preludian un canto de amor y de bendición. Absorto quedó el robusto mozo; tal prodigio le llega a las fibras de su corazón sano de impurezas y maldades...

Y a su cabaña ascendió de nuevo. De sus labios secos, contraídos en muecas de sarcasmo, agitando todos sus miembros nervioso temblor, siéntase sobre la más dura peña, junto a la puerta de la choza. Entonces parece como si se inundara de luz la montaña; la aparición de un Ángel bellísimo, con un ramo de oliva en la mano, y en la otra una larga trompeta de oro, le mira en silencio, fija, dulcemente... ¡Todo hasta el viento que antes rugiera con furia, cesa de pronto, y una brisa perfumada, como de primavera, embalsama el ambiente, ungiendo la tierra de gracia divina y de excelso perdón...!

El pastor cae de rodillas; contempla este nuevo prodigio, y en la tierra iluminada por el divino astro, rechina la frente y su cabeza se aureola en ese instante.

La blanca y sublime aparición del Ángel pone en la cabeza del doncel un ramo de oliva. Después tañe la

trompeta de oro, y a su conjuro llegan hasta aquellos apartados lugares, mezclados con los inspirados acordes, las voces de alegría y de triunfo que a las puertas del establo, profiere un pueblo creyente, un pueblo que se purifica por el amor al nacimiento del Profeta.

El pastor, ungido de fe y de gracia, siente que en el fondo de su vida ha penetrado lo divino; y con las manos cruzadas, incluada la cerviz, despidiendo sus grandes ojos, rasgados y negros, dos lágrimas de amor y de alegría, que surcan el atezado rostro, deshaciéndose al caer, cual si fueran de espuma, y sintiéndose grande ante caballeros y reyes, cree... Entonces la hermosa aparición, poco a poco, se va esfumando; tórnase la brisa en furioso vendaval, y el pastor siente en su corazón que un halo trágico, un soplo frío, rompe y taladra su pecho, después una luz blanquecina se enciende en su cerebro de hombre bueno, vé más allá de la vida, y sus ojos se cierran para siempre, por toda una eternidad.

La estrella de Oriente, mientras tanto, fulge en el cielo limpia de toda mancha de impureza y de pecado.

Luego la misma caravana, que retornó, las doncellas que son las Virtudes y los mancebos que son los siete Pecados Capitales, ascienden hasta llegar a las puertas de la cabaña, donde el bíblico pastor yace petrificado, frío, inerte. Rodéale la extraña muchedumbre, y un viejo viajero, uno de esos hombres que minian en los grandes textos la filosofía profunda y universal, después que besa la frente del pastor, exclama: *«Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad...»*

Repite estas palabras la caravana, acompañada por la música de los siete liristas, y más tarde se alejan todos por el blanco camino de Judá, perdiéndose en el vacío, como eterna procesión de la Vida, del Misterio y de la Muerte.

MIGUEL SANCHEZ MIGALLÓN.

CONCURSO DE CUENTOS

VIDA MANCHEGA

abre un CONCURSO DE CUENTOS con sujeción a las siguientes

BASES

- 1.ª Podrán concurrir a él todos los escritores españoles.
- 2.ª El plazo de admisión de trabajos comenzó el 20 del mes actual, terminando el 31 de Enero de 1920.
- 3.ª Los originales se remitirán firmados con un lema, bajo sobre cerrado, debiendo venir en sobre aparte el nombre, domicilio y retrato del autor.
- 4.ª Los cuentos, que serán inéditos y de asunto libre, constarán de 10 a 12 cuartillas escritas a máquina y por un solo lado.
- 5.ª Se otorgarán dos premios consistentes en 50 pesetas el primero y 25 el segundo.
- 6.ª La revista publicará previo concierto con sus autores todos aquellos trabajos que, aún no habiendo

sido premiados, los estime el jurado como dignos de ser conocidos.

7.ª Los originales que se acepten se publicarán artísticamente ilustrados y con el retrato del autor.

8.ª No concurrirá a este concurso ningún individuo afecto a la Redacción de la revista.

9.ª Quedará fuera de concurso todo trabajo que se recomiende directa o indirectamente.

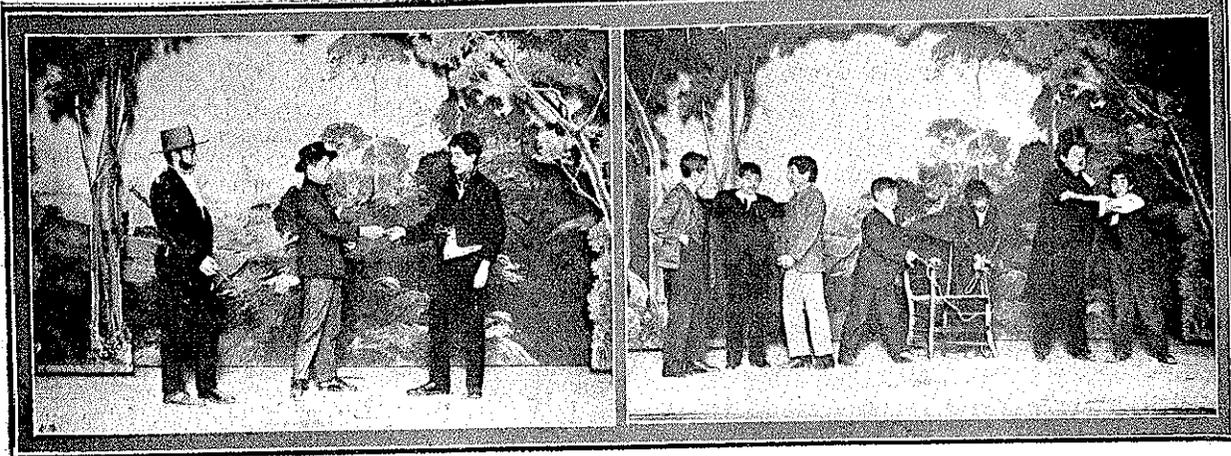
10.ª Un mismo autor podrá enviar varios originales.

11.ª El jurado permanecerá en el anónimo hasta después de haber hecho público el fallo.

Ciudad Real 20 de Noviembre de 1919.

LA REDACCIÓN.

NOTAS GRÁFICAS



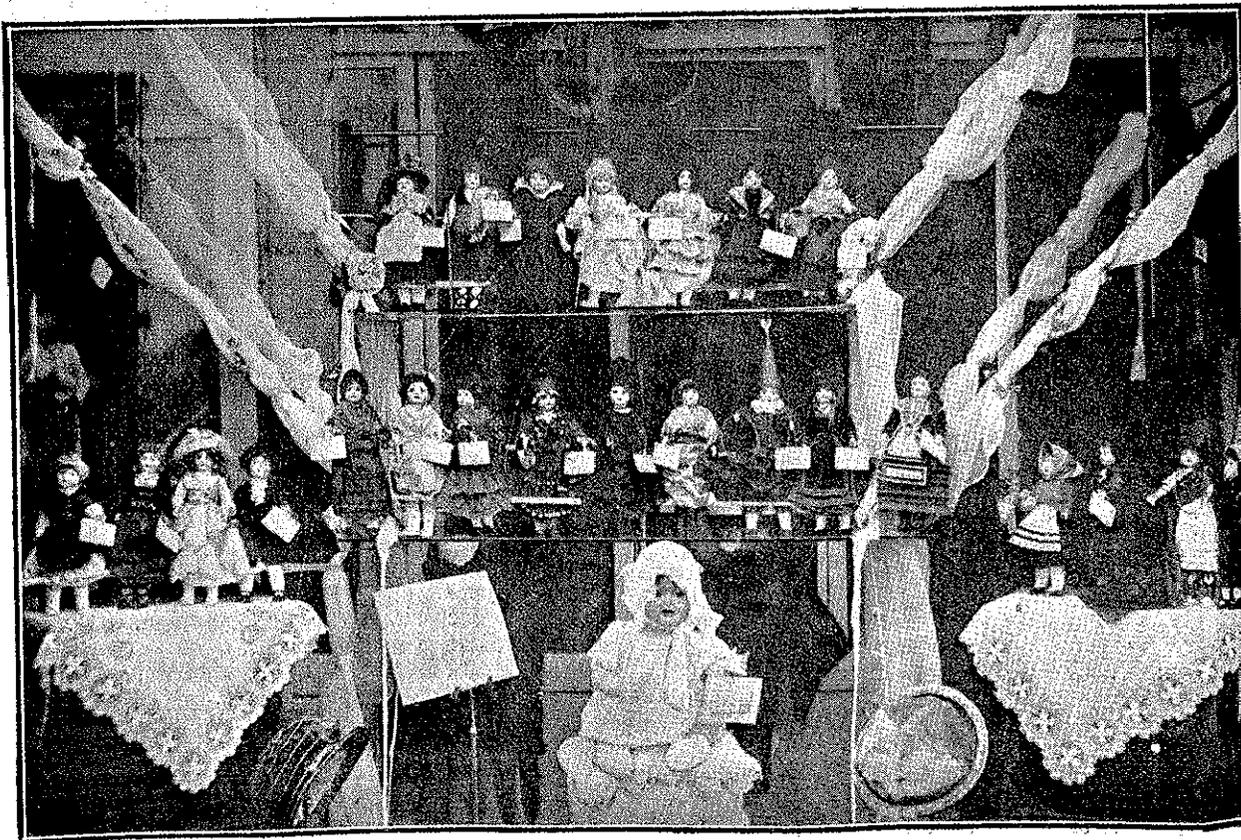
El día 11 del actual celebróse en el Salón de actos de la Residencia de los RR. PP. Jesuitas de esta ciudad una velada teatral, organizada por los alumnos de la Academia General de Enseñanza que dirige D. Miguel Pérez Molina.

Pusiéronse en escena «El ojito derecho» y «El médico a palos»; dos obritas que no obstante ser conocidas ya por nuestro público, le tuvieron en constante hilaridad.

Todos los pequeños comediantes fueron muy aplaudidos y felicitados, así como también las profesoras del citado Centro D. Alfonso Caro-Patón y D. Rafael Fisac que les dirigieron en los ensayos.

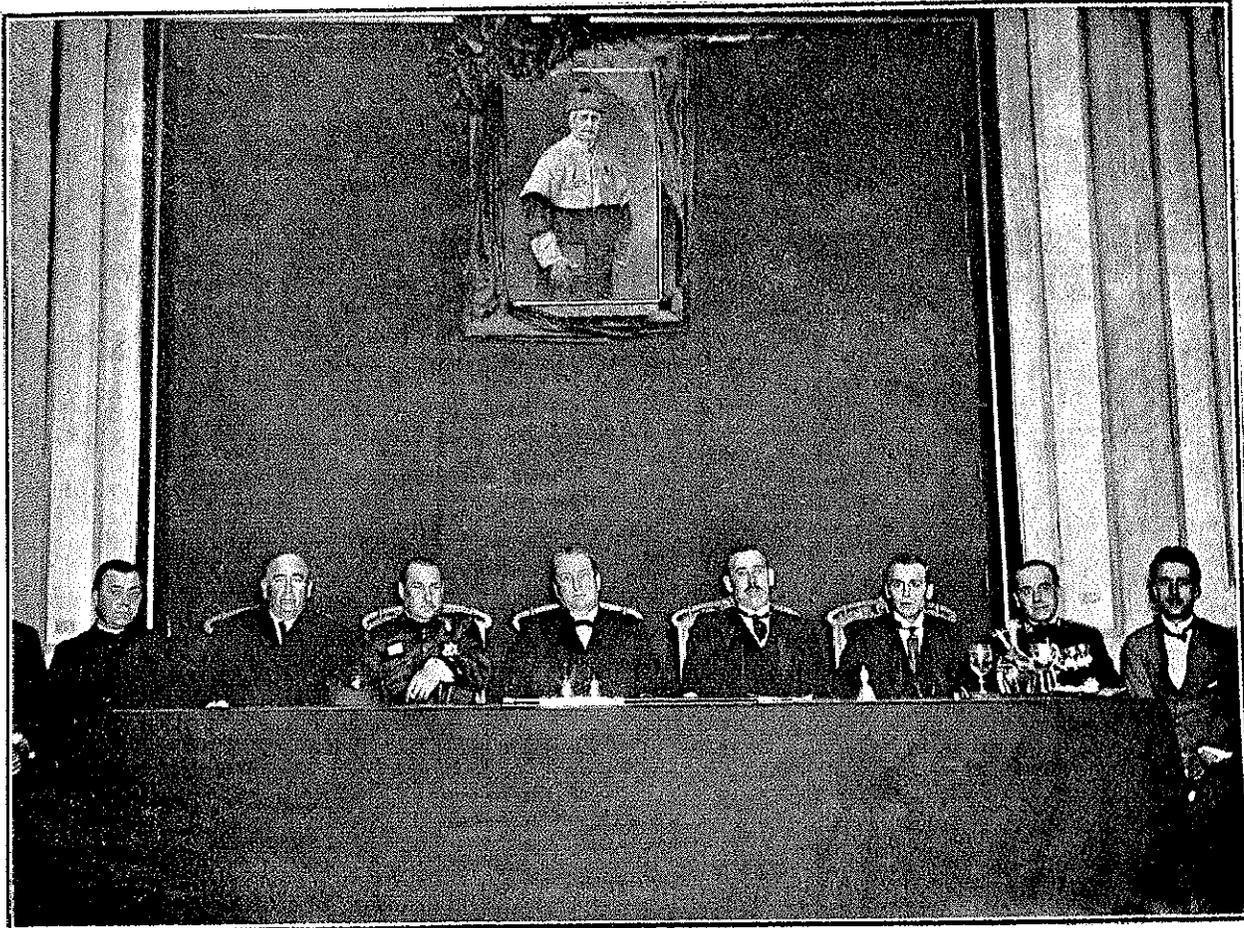
Nosotros felicitamos al profesorado de la Academia y en especial a su director, el que ha sabido cumplir el consejo horaciano; el clásico «útilis dubri» y hacemos votos porque estas instructivas funciones se repitan constantemente.

Eots. R. Pérez.



Muñecas que las alumnas de la Normal han vestido para regalarlas a los niños pobres en la fiesta de Reyes.

VELADA NECROLÓGICA



Mesa presidencial en la velada necrológica en memoria del Dr. Relimpio.

El Ateneo de Ciudad Real—en representación de la intelectualidad y de la cultura de nuestra provincia—ha rendido un homenaje póstumo al ilustre hombre de ciencia, al que fué sabio catedrático de Química en la Universidad sevillana, D. Federico Relimpio y Ortega.

Envuelto entre los crespones del luto, un retrato del Dr. Relimpio, presidía la solemnidad.

En el estrado tomaron asiento las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, individuos de la familia del Dr. Relimpio, y Junta Directiva del Ateneo y comisión de Almagro.

El notable artista señor Herrera, ejecutó ma-



Comisión organizadora de la velada y representación del pueblo de Almagro en la misma.

Fots. G. Plaza

gistralmente al piano varias composiciones que agradaron en sumo grado a la concurrencia.

El joven director del Laboratorio Provincial, Sr. Barrientos, estudia en Relimpio al autor de su tesis «Supremacía de la energía sobre la materia.

D. Carlos Calatayud, recordó a Relimpio como hombre, y como hombre nacido en estas tierras pardas de la llanura manchega.

D. Federico Fernández improvisó un erudito discurso, y D. Bartolomé Relimpio, estudió la labor pedagógica de su ilustre pariente.

Los poetas regionales Sres. Camacho y Migallón, mandaron sentidas composiciones.

LOS REYES MAGOS

Hablar de las fiestas de Madrid y no mentar al propio tiempo los Pastores de Belen y los Magos ne Oriente, es cosa que no se concibe casi.

Y mientas las madres, con ese amor tan peculiar en ellas, hablan a sus pequeños del frío que el Niño-Dios pudo pasar en el pesebre que tuvo por cuna, y les enternece con sus bellas narraciones de pastorcillos y zagalas, los padres deseosos de conocer el parecer de sus hijos les hablan de otras cosas: les dicen que hay unos Reyes muy ricos que vienen de Oriente y ponen a los niños, que son buenos, aquello que piden, si se portan bien y quieren a sus papas y maestros.

¡Dichosos aquellos niños que de labios de sus verdaderos padres escuchan estas eternas e insustituibles charlas de Pascua!

Pero aquellos que no tienen más tutores que la caridad, y oyen hablar de esos Reyes que nunca les dejan nada, y no escuchan jamás los villancicos de esos pastorcitos alegres que tan bien cantan ¿qué pensarían si de pronto se les dijese que este año, ya los pastores están con sus rebaños, y alegrarán con sus cantos las majadas, y traerán para el Niño la mejor leche de sus cabras, la más limpia lana de sus ovejas? ¿Que dirán si saben que los Reyes ya terminada la guerra que les tuvo cuatro años detenidos en las fronteras, llegarán estas fiestas hasta su propia casa?

Los Reyes vienen este año: y llegarán a Ciudad Real. Mas con ánimos tan generosos que, no dejarán burladas las legítimas esperanzas de los niños por pobres que fueren. Y empezando por los hospicianitos, asilados, pobres, y siguiendo hasta los ricos y acomodados a todos harán donación de un obsequio como estímulo para un excelente comportamiento.

Venturosos días pueden esperar aquellos que aman mucho a los niños a ellos se acercan: y tanto más duraderos, cuanto siendo más humilde la cuna que los mecío, no reparan en allegarse hasta ellos con la sencillez de los pastores de Belen si pequeños o con la majestad de los Reyes del Oriente si grandes.

Bien merece plácemes la iniciativa de haber traído por este año los Magos a Ciudad Real. Todos hemos sido niños: y si algún desconsuelo experimentamos en

estos días de familia y hogar, sin duda alguna fué su causa, el ver vacías las botas que anticipadamente pusimos en el balcón para que los Reyes nos dejaran algo...

Somos hombres, y aun nos pagamos con observar la alegría que chicos y grandes experimentan cuando ha habido algún Mago que les quiso dejar algo. La caridad siempre fué reina. Esa es la que vendrá indudablemente en estos días, no a poner notas de una exhibición, sino con toda su majestad, a medirnos con la igualdad en que somos desiguales.

¡Bien haya la caridad ejercida con los niños! Esta Diosa que cuando derrama el consuelo del bienestar sobre los hombres, sabe limar tantas asperezas, y ahogar en germen, tantos odios, ¿que no hará, qué dulces ideas de fraternidad humana, no sembrará en los delicados y tiernos corazones de los niños,

al ofrendarles el presente más seductor para ellos, unos cuantos juguetes que, alteren la monotonía espiritual de estas almas inocentes que ya nacen yermas por el cruel imperativo de la desigualdad de clases?

Siempre es cruel la desigualdad económica, pero nunca es más cruel su manifestación en las primeras edades de la vida, y yo puedo decir que siempre me ha herido más el corazón, el espectáculo de un niño andrajoso que mira con arrobamiento los juguetes expuestos en el escaparate de un gran bazar, que el de un pobre que mira con mal disimulada codicia el fastuoso tren de lujo de los potentados.

Los niños que deseen les pongan los Reyes, que vendrán por la Puerta de Toledo, se dirigirán a ellos por conducto de el Alcalde.

C.



Lea usted todos los números

Vida Manchega

❖ FIGURAS DE MI GUIÑOL ❖

La verdad es que, como dijo el bueno de D. Ramón, «todo es según el color del cristal con que se mira». Yo tenía un catalejo más antiguo que los trajes de los maceros municipales, y a través de sus empolvados cristales se veía la vida muy pesimista; decidí renovarlos por unos prismas sonrosados para probar como se veía el mundo, y es un encanto mirar con ellos aun los problemas más tétricos: el pan lo aumentan, haciendo ver que no solamente tiene su peso sino refacción y un décimo para el sorteo de Navidad; al rostro de D. José R. de León lo contraen en bondadosa sonrisa; se ve con ellos a Ciudad Real con alcantarillas, a los concejales asistiendo a sus sesiones y a las autoridades cumplir con su deber. Con mi catalejo, Ciudad Real se ha transformado en Jauja, y en hombres alegres hasta los dependientes de Pompas fúnebres. ¡Oh mágico poder del color rosa, como cambias el mundo!

Pocos días antes de comprar mi artefacto óptico-optométrico-optimista, había compuesto en un rato de buen humor este conjunto de ripios:

.....
 como no dicen tampoco
 a qué obedece el cambio
 repentino, que estos días
 en el tiempo hase operado,
 constándome que ellos saben
 pues ninguno lo ignoramos,
 que esta fresca inaudita
 de la que ahora disfrutamos
 la traen los frescos políticos
 que vienen de tomar baños,
 satisfechos de sus viajes,
 hartos de ver sitios raros
 con el dinero que otros
 van con inocencia dando
 a la Caja de caudales,
 donde no todos.....

La rima se deja a discreción).

Comprenderás lector, que el mundo estaba entonces un tanto macabro, ¿eh? Pues varios días después la película de La Vida tenía más gracia que una de Charlot, proporcionándome un «rato largo» de hilaridad al proyectarse en la pantalla de la Política—¡vaya figurita poética!—, donde el hombre más formal suele hacer más gracia que Luis Esteso.

Fué el primer personaje que admiré con mi instrumento D. Fernando Maldonado, que desde la ventanilla de un vagón de primera del correo de Madrid, llegado aquella noche con dos horas menos del retraso acostumbrado, ondeaba un pañuelo, albo al salir de Madrid y negro al llegar a Ciudad Real, por capricho de la carbonilla. Unos decían ser la bandera enlutada de una funesta política; los más, el pendón de Romanones; algunos, el estandarte de Brocas.

D. Fernando bajó al andén, hizo señas a un galoneado portero y poniéndose en jarras le dijo:

—Vivito y coleando, mi arma, que traigo cinco burtos.

—Pues ahora—respondió el portero—no podemos ver a ningún médico.

—Mal ange, digo burtos, maleta.

—¿Maleta yo?

Como la cuestión iba tomando mal cariz alargué mi catalejo y la decoración cambió: el Gobernador malagueño sonreía; el portero no se cansaba de hacer zalemas; hasta la docena de señores que lo saludaban, algunos antes más bastos que un jubón de franela, parecían hechos de tocino de cielo.

El nuevo Gobernador duró tanto como un real de pitos duros; pero no llegó a ser vitalicio, pues en cuanto cesaron los pitos, digo los romanonistas, el homónimo del Rey Santo, amigo de hacer favores, de obsequiar a sus amistades con *quitapenas*; de jugar modestos tutes, tomó rumbo para la tierra de las pasas. D. Fernando, vino de Málaga; pero... vino para emborracharnos de satisfacción...

No sé si será que después de marcharse el gran malagueño, los cristales de mi magnífico catalejo comenzaron a enturbiarse, o que, a pesar de su gran optimismo, de su tinte rosáceo, no tenían potencia suficiente para presentar como gobernador modelo a D. Federico Dupuy de Lome, facturado a esta capital con el exclusivo objeto de hacer el caldo gordo a cierto señor, a fuerza de dar pucherazos e inventar chanchullos... Pero peor es meneallo, que a los señores que creen encontrarse al llegar a Ciudad Real rigiendo una Barataria, mis prismas los ven verdes, y no es cosa de entretenerse a poner verde a un señor por si acaso alguno le dan ganas de ingerírselo.

Al terminar la alegría de la Feria, cuando mi indiscreta plumá escribió

Hizo [Febo piconcillo
 este verano
 en el mes de la Virgen
 Santa del Prado,
 con los secos rastrojos
 y agostados campos,
 bien a pesar de algunos
 que pedían llorando
 piconcillo hiciesen
 con determinados
 señores que rigen
 este pueblo hidalgo,

vino a ocupar la vacante del revoltoso andaluz Sr. Dupuy, un opulento fabricante de jalea y carne de membrillo, formal como persona, nada marrullero como autoridad; cuyas debilidades eran comerse los palillos para los dientes y morderse los dedos de los guantes. Era de carácter algo amargado, condición poco favorable para anunciar su negocio, y amigo de hacer excursiones a Puente Genil, durante una de las cuales fraguó su dimisión el charlatan de Burgos Mazo. Al regresar el endulzado cincuentón, preguntó algo extrañado...

Y cuando el ministro
 su proceder corrigió
 mandándole por el cable
 su esquila de defunción,
 el poncio se puso triste
 y dicen que así exclamó:
 ¿Que yo no he cumplido braman
 con lo que Toca juró?
 ¡Inocentes! Lo que quieren
 que emigre a Puente Genil
 a fabricar mi jalea;
 y eso... varía entonces
 —¿Cómo varía? ¡Barea!

Quiso corregir varía y dijo barea (errores insignificantes del léxico!) y para quedar como merece un tan alto señor... mandó a Barea, andaluz por más señas, y de lo mejorcito que pisó este gobierno.

Maldonado, Dupuy, Reina y Barea; uno, dos, tres y cuatro, ¡andaluces! ¡Que cuatro patas para un banco! Por más que la de Dupuy cojea... Que se le ha de hacer, ¡por algún lado tenía que cojear el Banco Andaluz!

ROLANDO CIFAR.

MUNDO MUNDILLO Y RETABLILLO

Mundo Mundillo

EL BARÓN DE ROSILLO, que por no desperdiciar nada ha cogido hasta un catarro gripal, se ve obligado a suspender la sección *Mundo Mundillo* en este número, anunciando para el venidero noticias tremendas.

Boda

En la parroquia de San Pedro se celebró días pasados el enlace de la bellísima Srta. María Llausás, hija del culto escritor D. Luis, con el joven oficial de Hacienda D. Rafael S. de Molina Portocarrero.

Obito

En Cáceres, donde residía, falleció el día 2 del presente mes, después de larga y penosa enfermedad, soportada con la paciencia de los buenos cristianos, don Maximiano Rodríguez Arias, Inspector Jefe de primera enseñanza de aquella provincia e hijo de esta capital, donde contaba con las muchas simpatías que su bondadoso carácter le proporcionaba.

Varias cruces y distinciones fueron justa recompensa a sus méritos profesionales.

Reciba toda su familia y en especial sus hermanas Doña Faustina Rodríguez y señoras de Sobrino, de Casado y viuda de Alonso, nuestro sincero pésame, junto con la conformidad necesaria para soportar tan irremediable desgracia.

Albacete

El día 11 del actual se rindió un homenaje de admiración y cariño a los catedráticos de este Instituto General y Técnico, D. Elías Alonso y D. Segismundo Rodrigo.

A cada uno de estos señores se entregó un artístico album de firmas de los que fueron alumnos suyos y de admiradores.

Por la tarde, en el Instituto, fueron obsequiados con un espléndido «lunch».

El día 14, en el Teatro Cervantes, se celebró un mitin de propaganda sanitaria, organizado por el Ateneo albacetense.

Hicieron uso de la palabra el presidente de dicho Centro D. Abelardo Sánchez, el inspector provincial de Sanidad D. Otoniel Ramírez y los eminentes doctores D. César Juarros y D. José Francos Rodríguez.

También se leyeron unas cuartillas del arquitecto provincial Sr. Casas Massó.

El acto resultó agradabilísima y los oradores fueron justamente aplaudidos.

El Sr. Juarros, después del mitin, dió una interesante conferencia acerca del amor, en el Salón Liceo.

Francos Rodríguez y Juarros fueron obsequiados con un banquete en el Gran Hotel.

Ha sido nombrado Delegado Regio de Bellas Artes de la provincia de Albacete, nuestro distinguido amigo D. José María Lozano, Director de esta Normal de Maestros.

Celebramos tan acertada designación.

Ha fallecido en esta capital la respetable señora doña Lucía Grifián Serna, esposa del escribano de Cámara de esta Audiencia D. Angel Albir Pastor, a quien muy de veras acompañamos en su dolor.

En Villena han contraído matrimonio la bella señorita Virtudes Martínez Navarro y nuestro querido amigo el oficial de la Secretaría de esta Audiencia D. Rafael Mateos Arcangel, hermano de nuestro colaborador el notable caricaturista Ali-k-ido.

Eterna luna de miel deseamos a los nuevos esposos.

15—XII—1919

C.

Homenaje a un buen manchego

Deseos de ofrendar una sencilla muestra de perdurable simpatía a nuestro querido amigo D. Joaquín Menchero y Olarte, por su reciente actuación benéfica en favor de las clases menesterosas de esta capital, Exploradores de España en nuestra población, Cofradías y Asociaciones religiosas y demás Centros caritativos de esta ciudad, proyectamos adquirir una placa que patente al ilustre ciudarraleño, en inscripción sentida, que el corazón manchego es siempre agradecido.

Exhortamos a que todos cuantos se identifiquen con esta idea contribuyan a la realización de la obra, señalando como tipos de suscripción máximo y mínimo las cantidades de 10 pesetas y 25 céntimos respectivamente.

Las listas estarán a disposición del público en las redacciones de los periódicos locales, en las conserjerías del Casino de Ciudad Real, Círculo Artístico y Círculo de la Unión, y en la farmacia de D. Rafael Lamano, donde se recibirán donativos.

LOS INICIADORES.

Contestación a una carta:

Sr. D. Rafael Ramírez de Arellano, Delegado Regio de Bellas Artes en la provincia de Toledo.

Muy señor mío y querido amigo: Mi artículo sobre Santiago y su atentísima carta, animando mis propósitos y dando datos, bien expresivos, sobre el asunto, han sido hasta ahora, objeto del más absoluto silencio. En este trozo de la Mancha, parece solo existen Sanchos que como el de la inmortal obra, son incapaces de tener un ideal que salga de los límites del estómago y del gobierno de la insula.

Si no fuese profano en la materia, (solo conozco de ella lo leído en un ejemplar de «Memorias» que, cuando por las tardes revisaba Vd. el archivo de la Merced, me regaló siendo yo muy niño) o si mi dinero me lo permitiera, tomaría la iniciativa o daría este, pero como ni la ciencia ni la fortuna me acompañan solo puedo lamentar, con la conciencia tranquila y el corazón amargado, la indiferencia con que mis paisanos ven la desaparición de nuestras obras de arte, que con tanto cariño y orgullo enseñarían en otras localidades.

Ya desespero que la fé que puse en mi artículo dé otro resultado que el que hasta ahora obtenido; así me atrevo a esperar que *nadie* se opondría a quien, con ánimo decidido y alteza de miras, diese principio a la restauración de los monumentos notables de la provincia, tan abandonados en toda ella. No hace mucho que en VIDA MANCHEGA publicaban un artículo dando voces de alarma sobre el peligro en que está, en Argamasilla de Alba, la cárcel de Cervantes, cuna al mismo tiempo del Ingenioso Hidalgo manchego.

La desilusión más grande cae sobre su afectísimo s. s. y querido amigo, q. b. s. m.

BUENA INTENCIÓN.

Ciudad Real 17—XII—19

CIUDAD-REAL: IMP. DE ENRIQUE PÉREZ